

uno alabará lo suyo, y hará bien. La generosidad con lo ajeno es excepcional. Salvo en algunos casos de cordialidad ocasional, de cortesía fugaz, Murcia está oculta al resto de España tras la cortina de humo de una general indiferencia. A veces, de una hostilidad inexplicable. En propagandas del tipismo español, por ejemplo, hemos podido observar que se ponderaban con elogio muy justo y muy plausible las procesiones de Semana Santa de Valladolid, las de Sevilla, las de otras ciudades castellanas y levantinas, y para Murcia no ha habido ni la más rápida alusión. Y, sin embargo, don Elías Tormo, que no es murciano, y que es una autoridad más que nacional en arte hispano, ha escrito que la procesión de Viernes Santo de Murcia es «la más interesante, en absoluto, de las procesiones españolas». No puedo sustraerme, en ocasiones como ésta, al deseo de poner de relieve el desdén de los que nos menosprecian, con una invitación a todos cuantos puedan contrarrestarlo.

Contrarrestarlo sin agresividad, sin rencores ni envidias. Cuando en una provincia hermana admiro una obra del genio artístico o un paisaje bello, bendigo a Dios y alabo a España, que es tan mía como de un burgalés, de un extremeño o de un granadino. Ni siquiera se me ocurre pensar que Salzillo vale más que otro escultor cualquiera, o que la huerta de Murcia tiene más encantos que otros rincones naturales del territorio de la Península. Creo que para cumplir nuestro servicio con la patria chica, es bastante señalar los rasgos de su individualidad, de lo que la hace distinta, viva, presente en el tiempo y en la geografía, y capaz de significar un modo de ser y una forma peculiares y fecundos.

Sentadas estas consideraciones, que dan el motivo y el fin de mi modesto trabajo, veamos de qué modo está inserta o incorporada la personalidad artística de Murcia en la totalidad unitaria de España.

